

será siempre acreedor á nuestro respeto, amor y admiración aquel Varón ilustre, que con bríos de gigante se propuso reunir en un plan de campaña cristiana, trazada en la *Academia de San Miguel*, las fuerzas católicas diseminadas y dispersas en España, que no eran pequeñas á la sazón, para reñir la última batalla contra los errores y vicios modernos, desencadenados por el dragón infernal.



CAPÍTULO IX.

DE LAS HERIDAS QUE RECIBIÓ EN HOLGUÍN, Y CÓMO CONTINUÓ SUS TRABAJOS APOSTÓLICOS (1856-1857)

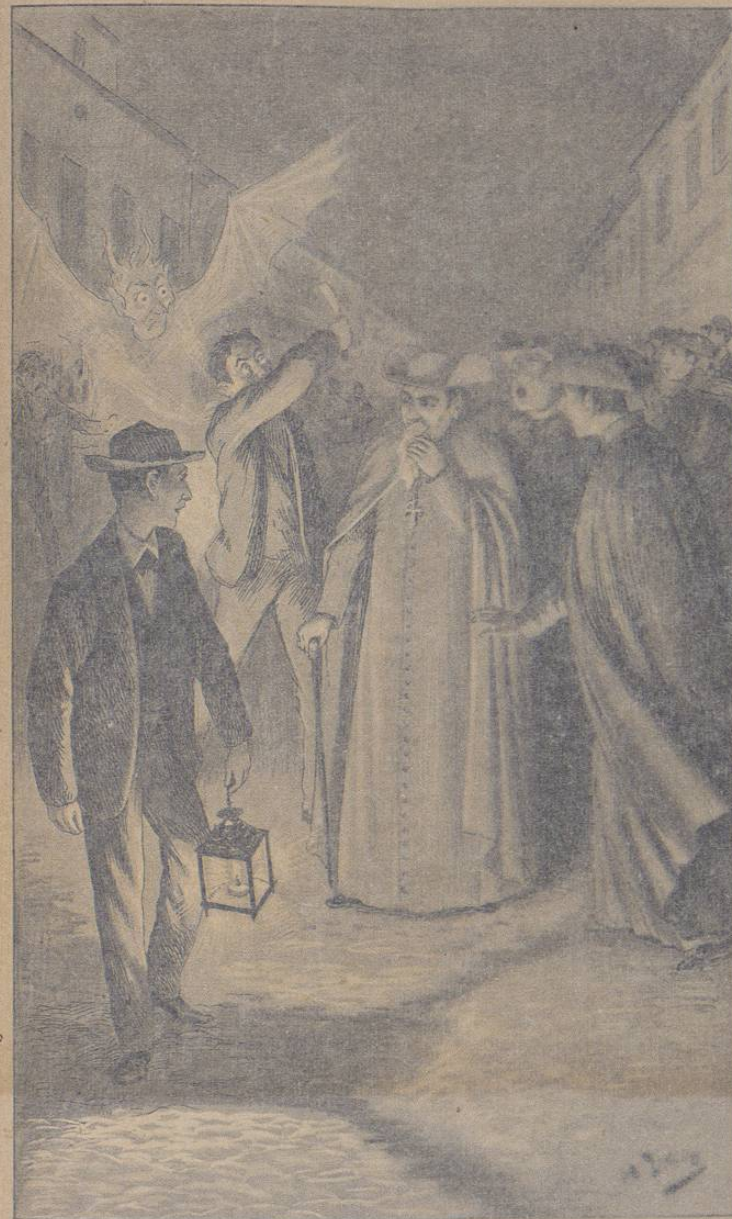
1. Heridas recibidas en Holguín: su curación y cosas notables que en ella ocurrieron — 2. El Siervo de Dios pide perdón para el reo. — Cómo con sus diligencias le consiguió el indulto. — Muerte misteriosa del reo en Ceuta. — 3. Cómo le quedó impresa en la cicatriz de la mano derecha la imagen de Nuestra Señora de los Dolores. — Milagrosa curación de una fístula. — Carta fervorosísima en que manifiesta su hambre y sed de padecimientos. — Intenta renunciar la mitra de Cuba. — Consulta á Pio IX. — Respuesta cariosísima de éste. — 4. Vuelta á Santiago. — Nuevas emboscadas contra el Siervo de Dios, y cómo la divina Providencia le libró de ellas. — Sigue de nuevo trabajando en la diócesis. — 5. Nombramiento de nuevo Provisor en D. Dionisio González. — Breve noticia de este señor. — 6. Vida privada del santo Prelado. — Cómo el Señor le favorecía en la oración con éxtasis y otras gracias extraordinarias. — Propósitos que hizo en Cuba, en los que se manifiesta el estado de su alma.

1. Ha sido en todos tiempos muy común entre los Santos el deseo del martirio: aquella sentencia del divino Salvador de que no hay prueba de mayor amor que dar la vida por el amigo, estaba hondamente impresa en sus corazones, y entre las ansias de probar de algún modo el entrañable amor que tenían á Jesucristo, y en la necesidad que sentían de que el testimonio de este amor fuera irrecusable y el mayor que entendimiento humano pudiera concebir, el santo afán del martirio brotaba en sus pechos natural é instintivamente, y por eso los que sentían arder en sus almas los ardores apostólicos suspiraban, como un San Francisco de Asís y un Ignacio de Loyola, por ir á anunciar la palabra divina á tierra de infieles, en donde esperaban arrebatarse la anhelada palma del martirio. Con esta noble esperanza el P. Claret había ya emprendido en los primeros años de su juventud aquel largo viaje á Roma para entrar en la Congregación de la Propagación de la Fe, y aunque se vieron por entonces defraudados sus lauda-

bles propósitos, no cejó en los deseos del martirio, los cuales eran en él tan vehementes que con frecuencia solía decir á sus familiares é íntimos amigos: "Deseo morir en un cadalso ó en un hospital," con lo cual quería dar á entender que deseaba morir mártir de la fe ó de la caridad. El Señor quiso cumplirle en parte estos deseos hacia el fin de su permanencia en Cuba.

El atentado de que el Siervo de Dios fué víctima á causa de su celo apostólico, resonó en toda España y en gran parte del orbe católico, acabando de ganarle las simpatías de todos los buenos, que ya tenía conquistadas con sus virtudes y con la resonancia de sus tareas evangélicas. Por dicha nuestra podemos hacer la relación de este notable acaecimiento de su vida, valiéndonos de las mismas palabras del P. Claret, que manifiestan claramente el estado de su espíritu antes del suceso, en él y después de él. "Hallábame, —dice,—en Puerto Príncipe pasando la cuarta visita pastoral, á los cinco años de haber llegado á la Isla. Visitadas las parroquias de aquella ciudad, me dirigí á Gibara, pasando por Nuevitas, que visité también de paso; de Gibara, puerto de mar, tomé el camino de la ciudad de Holguín. Hacía algunos días que me hallaba muy fervoroso y deseoso de morir por Jesucristo. A mis familiares y á los de fuera que venían á visitarme no sabía ni atinaba á hablarles sino del divino amor; tenía hambre y sed de padecer trabajos y de derramar mi sangre por Jesús y por María, y aun desde el púlpito decía que deseaba sellar con la sangre de mis venas las verdades que les iba predicando.

„Era el día 1.º de Febrero de 1856, cuando habiendo llegado á la ciudad de Holguín abrí la santa visita pastoral. Siendo la víspera de la fiesta de la Purificación de la santísima Virgen María, les prediqué de este adorable misterio, haciéndoles ver el grande amor que nos manifestó la Virgen con ofrecer á su santísimo Hijo para que padeciese y muriese por nosotros. Aunque decían que en aquel sermón de hora y media estuve feliz como nunca, yo no recuerdo lo que dije ni de qué manera. Bajé del púlpito fervorosísimo: concluida la función, salí de la iglesia para ir á la casa de mi posada, acompañado de cuatro sacerdotes, de mi paje Ignacio y de un sacristán con un farol ó linterna para alumbrarnos, pues que el tiempo estaba obscuro y eran las ocho y media de la noche. Pasando



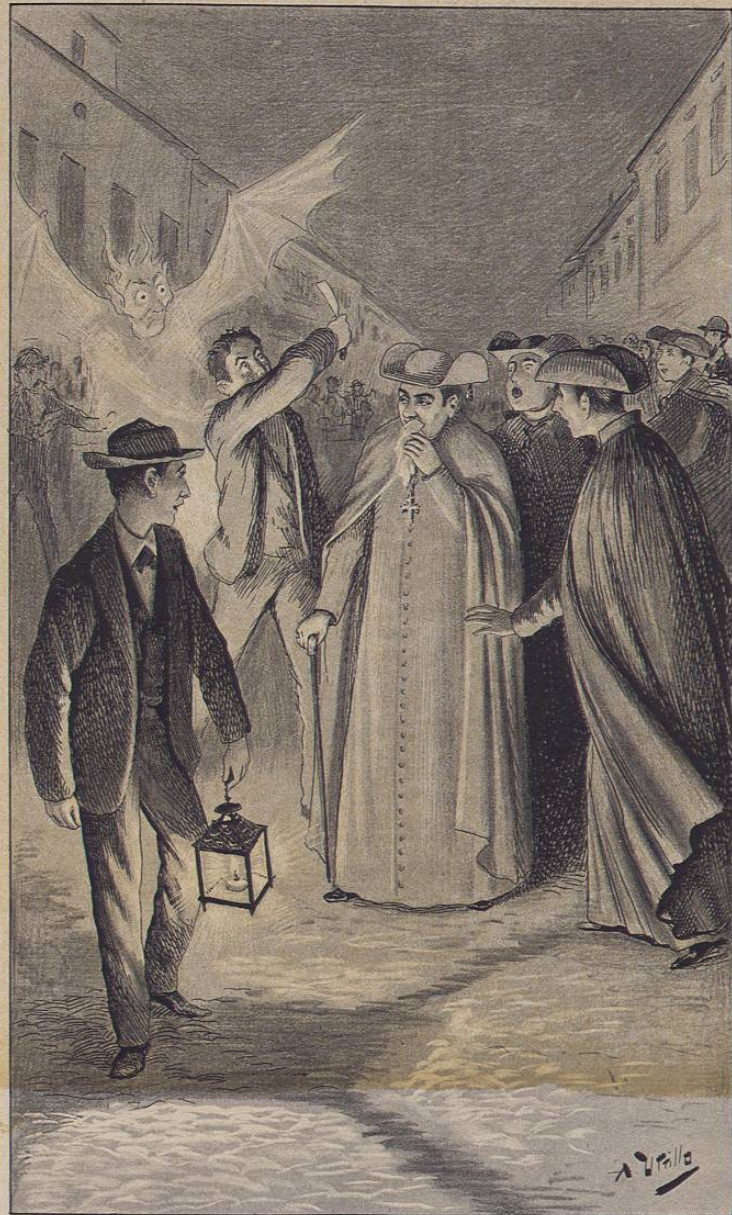
J. Thomas y C. — Barcelona

Es herido en Holguín por un sicario el Siervo de Dios al salir de una iglesia.

los propósitos, no cede en su deseo de martirio, los cuales eran en él tan vehememente que con frecuencia solía decir á sus familiares é íntimos: «Hacedme morir en un cadalso ó en un hospital», esto es, para dar á entender que deseaba morir mártir de la fe ó de la caridad. El Señor quiso cumplirle en parte estos deseos hacia el fin de su patriótica en Cuba.

El atentado de que el Siervo de Dios fué víctima á causa de su celo apostólico, resonó en toda España y en gran parte del orbe católico, acabando de ganarle las simpatías de los buenos, que ya tenía conquistadas con sus escritos y con la resonancia de sus tareas evangélicas. Por eso nos permitimos hacer la relación de un suceso que, valiéndonos de las mismas palabras del P. López, que manifiestan claramente el estado de su espíritu antes del suceso, en él y después de él. «Hallábanse, dice, en Puerto Príncipe pasando la cuarta visita pastoral, á los cinco años de haber llegado á la Isla. Visitadas las parroquias de aquella ciudad, me dirigí á Gibara, pasando por Nuevitas, que visité también de paso; de Gibara, puerto de mar, tomé el camino de la ciudad de Holguín. Hacía algunos días que me hallaba muy fervoroso y deseaba morir por Jesucristo. A mis familiares y á los de fuera que venían á visitarme no sabía ni atinaba á hablarles sino del mismo amor; tenía hambre y sed de padecer trabajos y de derramar mi sangre por Jesús y por María, y aun desde el púlpito decía que deseaba sellar con la sangre de mis venas las verdades que les iba predicando.

«Era el día 1.º de Febrero de 1866, cuando habiendo llegado á la ciudad de Holguín ántes de la santa visita pastoral, pasado la víspera de la fiesta de la Purificación de la santísima Virgen María, les prediqué de este adorable misterio, haciéndoles ver el grande amor que nos manifestó la Virgen con ofrecer á su santísimo Hijo para que padeciese y muriese por nosotros. Aunque decían que en aquel sermón de hora y media estuve feliz como nunca, yo no recuerdo lo que dije ni de qué manera. Bajé del púlpito fervorosísimo: concluida la función, salí de la iglesia para ir á la casa de mi posada, acompañado de cuatro sacerdotes, de mi paje Ignacio y de un sacristán con un farol ó linterna para alumbrarnos, pues que el tiempo estaba obscuro y eran las ocho y media de la noche. Pasando



J. Thomas y C. — Barcelona

Es herido en Holguín por un sicario el Siervo de Dios al salir de una iglesia.

por la calle Mayor, calle ancha y espaciosa, por donde también pasaba mucha gente á uno y otro lado, saludándome todos con respeto, se me acerca un hombre en ademán de besarme el anillo, y levantando el brazo armado con una navaja de afeitar, descarga con toda su fuerza el golpe sobre mi cuello; pero como yo iba con la cabeza inclinada y tapándome la boca con un pañuelo que tenía en mi mano derecha, en lugar de cortarme el pescuezo como intentaba, me rajó la cara ó mejilla desde frente la oreja hasta la punta de la barba, hiriéndome de escape el brazo ó mano derecha con que me tapaba la boca. Como por donde pasó la navaja partió toda la carne hasta rajarse el hueso ó las mandíbulas superior é inferior, la sangre salía igualmente por dentro como por fuera de la boca. Con la mano derecha agarré la mejilla para contener el chorro de la sangre, y con la izquierda apretaba la herida que tenía en la derecha.

„Cabalmente había allí cerca una botica ó farmacia, y dije: Entremos aquí y tendremos más á mano los remedios. Como los médicos de la ciudad y del regimiento habían asistido al sermón y salían de la iglesia con la otra gente, se presentaron al momento que corrió la voz de aquel suceso. Al ver á un Prelado con pectoral y capisayos todo bañado en sangre, quedaron asombrados y con grande aflicción; porque además de ser su Arzobispo, era un amigo á quien querían y veneraban; y tal era su estupor, que yo tenía que alentarlos y decirles lo que habían de hacer, pues me hallaba muy tranquilo y sereno. Dijéronme los mismos facultativos que la sangre que había salido por las heridas no bajaba de cuatro libras y media; por lo cual no es extraño que, á causa de la falta de sangre, tuviese un pequeño desmayo.

„Hecha la primera curación, me llevaron á mi posada con una parihuela. No puedo explicar el placer, el gozo y la alegría que sintió mi alma al ver que había logrado lo que tanto deseaba, que era derramar la sangre de mis venas por amor de Jesús y de María y poder sellar con ella las verdades evangélicas. Y subía de punto mi contento al pensar que esto era una muestra de lo que con el tiempo lograría, que sería el derramarla toda y consumir el sacrificio con la muerte. Me parecía que estas heridas serían como la de la Circuncisión de Jesucristo, y que las que vendrían después con el tiempo se-

rían como las que recibió Él en el Calvario, pudiendo yo también morir en la cruz de un patíbulo ó del puñal de un asesino ó de otra cosa semejante. Esta alegría y gozo me duró todo el tiempo que estuve en la cama; por manera que alegraba á cuantos me visitaban, y me fué pasando á medida que se iban cicatrizando las heridas.

„En la curación de éstas ocurrieron tres cosas maravillosas ó muy notables, que brevemente voy á referir aquí. La primera fué la curación de una fístula, que los facultativos me habían dicho sería duradera. Con el corte de la herida se rompieron completamente los conductos de las glándulas salivales; así es que la saliva, líquida como el agua, me salía por un agujerito de enmedio de la raja ó cicatriz de la herida de la mejilla frente de la oreja. Los facultativos trataban de hacer una operación dolorosa y poco ventajosa; al proponérmelo quedamos para el día siguiente. Entretanto yo me encomendé á la santísima Virgen María, y me ofrecí resignándome á la voluntad de Dios, y he aquí que al instante quedé curado, de manera que cuando los facultativos al día siguiente vieron el prodigio se llenaron de asombro.

„La segunda fué que la cicatriz de la mano derecha me dejó un pequeño bulto á manera de una imagen de relieve de la Virgen de los Dolores, de medio cuerpo, con los colores blanco y violado. Conocióseme perfectamente en los dos primeros años con admiración de los amigos que la vieron; después se desvaneció insensiblemente, y en el día apenas se conoce. La tercera fué el pensamiento de fundar la *Academia de San Miguel*, pensamiento que tuve en los primeros días de hallarme en cama. Luego que me levanté comencé á dibujar la estampa y á escribir el Reglamento que hoy está aprobado por el Gobierno con real cédula y celebrado y recomendado por el Sumo Pontífice Pío IX (1).„ Hasta aquí son palabras del Siervo de Dios, en las cuales resplandece su levantado espíritu y serenidad de ánimo.

La indignación que causó en la Isla tan sacrílego atentado fué general. El primero que protestó contra él fué el Cabildo de Santiago de Cuba, quien apenas supo el triste suceso se reunió y elevó á su digno Prelado una manifestación afectuosa

(1) Apuntes del Sr. Claret.

del dolor que tan inesperado acaecimiento había producido en sus corazones y en los de todo el pueblo (1). Con este mismo objeto, cuando llegó á Santiago la noticia, pusieron al instante en camino para Holguín los presbíteros D. Felipe Rovira, D. Antonio Galdácano, capuchino, y D. José Garófalo, que llevaban además los votos y el sentimiento de todos los cubanos. Mas donde la indignación contra el criminal llegó á su colmo fué en la misma ciudad de Holguín, cuyos moradores no acababan de espantarse de que entre ellos se hubiera cometido tamaño crimen. Para borrarlo trataron de hacer añicos al criminal, y ¡espectáculo sublime!, mientras el agraviado, bañado en su sangre, gritaba cuanto sus fuerzas, debilitadas por las heridas, se lo permitían: ¡perdón para el infeliz!, las turbas, indignadas contra el reo, gritaban: ¡que muera, que muera!, y pugnaban por arrebatarse al asesino, que preso inmediatamente para ser entregado á los Tribunales de justicia, á duras penas pudo librarse del furor popular. El día 3 de Febrero de aquel mismo año, dos días después del suceso, publicó el *Diario de la Habana* una carta escrita por uno de los médicos que en aquella ocasión escribieron al Siervo de Dios, en la cual se asegura que éste predicó aquella noche del misterio de la Purificación de Nuestra Señora; que después de las heridas recibidas al salir del templo, fué curado en la farmacia de D. Miguel Guerra; que fué llevado á su casa por cuatro granaderos en una camilla del regimiento de la Habana, seguido del clero, Teniente Gobernador, Coronel y de todas las clases, que lloraban de congoja. S. E. I. hizo llamar al Alcalde Mayor para suplicarle que suspendiese todo procedimiento contra el reo, que él nada quería ni pedía, y le perdonaba de corazón. Mientras le curaban dijo al Sr. Teniente Gobernador: “Señor, yo le perdono, nada pido contra él, no quiero que le hagan mal alguno al pobrecito... Nada más,—continúa la carta,— se le oyó decir durante la curación que palabras cariñosas; ni una queja, ni un ¡ay!, ni un suspiro...”

2. Este sublime comportamiento del Siervo de Dios para con el que le había herido, no fué pura ceremonia para alejar de sí la nota de vengativo; las diligencias que practicó para que se perdonara al reo, que había sido encausado y conde-

(1) Periódico de Cuba *El Redactor*, número del 15 de Febrero de 1856.

nado á muerte, dieron claras muestras de que sus palabras nacían de su bondadoso corazón, y más cuando se vió que sus ruegos no fueron del todo ineficaces. Apenas el Capitán general de la Habana, D. José de la Concha, recibió noticia del triste acontecimiento, hizo un viaje expreso á Holguín para visitar al Siervo de Dios y manifestarle su profundo sentimiento por el atentado de que había sido víctima; mas el Padre Claret, lejos de pedir venganza contra el reo, suplicó encarecidamente al Capitán general que le concediera el indulto, y como era tal en la Isla la efervescencia de los ánimos contra el criminal, que era de temer le arrancaran de la cárcel para hacerle pedazos y lavar en su negra sangre la injuria hecha á su queridísimo Padre y Pastor, pidióle asimismo que cuanto antes le sacara de la Isla y le llevase á Tenerife, en la Isla de Canarias, que era la tierra natal del reo; para lo cual el mismo Siervo de Dios se ofreció á costear el viaje. Escribió además con este intento varias cartas á Madrid; y el resultado de todas estas diligencias fué el alcanzar que no se ejecutara en el reo la pena de muerte y fuera sólo condenado al presidio de Ceuta. Esta conducta del P. Claret era tanto más heroica cuanto que á las circunstancias del crimen se añadía la de incalificable ingratitud, pues aquel mismo criminal, cuyo nombre era Antonio Pérez, hallándose preso el año anterior, había obtenido la libertad por los ruegos del Siervo de Dios, el cual, sin conocerle, y sólo á instancias de los parientes del criminal, había pedido á las autoridades le diesen libertad, y éstas, por complacerle, soltaron al preso (1).

“El año siguiente,—añade á esto el Siervo de Dios,—me hizo el favor de herirme; digo favor, porque prescindiendo del gravísimo pecado que cometió, tengo por un favor muy grande del cielo lo poco que padecí, y estoy dando por ello continuas gracias á Dios y á María santísima. A los que iban á prender á Jesús en el huerto, les dijo: *Haec est hora vestra et potestas tenebrarum*. Lo propio debiera decir yo, porque aquella fué la hora en que Dios dió permiso á los malos y á los demonios para que me hiriesen; pues que cuando el asesino me hirió, yo vi al mismo demonio cómo le ayudaba y

(1) Notas manuscritas del Siervo de Dios y declaraciones de D. Felipe Rovira y P. Paladio Currius.

daba fuerzas para descargar el golpe, y me ocurrió la idea que suscitan aquellas palabras de los sagrados Cánones: *Si quis, suadente diabolo*, etc. “Si alguno, por persuasión del diablo, etc.” Pensé: este hombre infeliz, cooperando el diablo, pone las manos violentas sobre tu miserable persona, que si eres, bien es verdad eres un pobre pecador, un indigno sacerdote, con todo, sacerdote, eres Prelado de la Iglesia, eres ministro de Jesucristo. ¡Padre mío, perdonadle, que no sabe lo que se hace! (1).”

Acerca del reo conviene añadir otro pormenor que se desprende claramente de una declaración hecha en el Proceso de Beatificación del Siervo de Dios por el P. Currius. Aseguró éste, por haberlo oído de los labios del mismo Sr. Arzobispo, que estando el reo en el presidio de Ceuta escribió una carta al P. Claret en la que le ofrecía descubrir el complot que se había tramado para asesinarle; mas el Siervo de Dios, que no quería tomar venganza alguna de sus enemigos, le respondió que no lo quería saber, y que se preparara para morir, porque no tardaría mucho en presentarse al tribunal de Dios. Así se verificó, efectivamente, pues al poco tiempo murió sin precedentes de enfermedad, contra lo que indicaban su salud y robustez, y con circunstancias tales que hicieron sospechar un envenenamiento para que nunca pudiese descubrir el nombre de los que habían comprado su brazo para el crimen. El atentado fué, sin duda, obra de los que en Cuba secretamente conspiraban contra la Religión y la Patria, y así la voz pública, después de recorrer varias personas sospechosas por sus antecedentes, se fijó en una que consideraba como cabecilla de las demás, de ideas enteramente contrarias á las del fervoroso Misionero y de costumbres corrompidas. Lo que parece cierto por la ingenua confesión del reo es que el crimen se cometió á la sombra de las sociedades secretas, lo cual confirman además las circunstancias del hecho, puesto que no es creíble que un hombre, por malvado que fuese, no siendo enemigo personal del Siervo de Dios y debiéndole antes bien el apreciable beneficio de la libertad, sin interés alguno se hubiera arriesgado á una acción que muy probablemente debía acarrearle la muerte. La codicia despertada en su innoble corazón con

(1) Manuscritos del Sr. Claret.

el ofrecimiento del dinero y las promesas hechas de que le asegurarían la espalda para que ó no fuese preso ó burlara á lo menos con intrigas y sobornos la justicia de los Tribunales, fué sin duda lo que movió á Antonio Pérez á prestarse como instrumento de tan horrendo crimen.

3. Mas dejemos ya esto, y parémonos un poco más en dos de aquellas circunstancias maravillosas que intervinieron en la curación de las heridas y que el Siervo de Dios dejó brevemente anotadas, según antes vimos. En cuanto á que en la cicatriz del brazo quedó dibujada la imagen de Nuestra Señora de los Dolores, es cosa que unánimemente declararon sus familiares. Uno dijo que las líneas formadas por la llaga al cerrarse presentaban realmente un dibujo en que podía verse, sin hacerse violencia, una imagen de la Señora, que el herido veneraba con mucho consuelo y devoción. Otro, después de afirmar lo mismo, añade que S. E. I., al ver las líneas que formaban el dibujo, dijo: "Parece la imagen de María santísima: eso será que hasta ahora he pensado poco en la Virgen."

Respecto á la milagrosa curación de la fístula que se le había formado, su Provisor, el P. Lobo, escribió una carta en la que dió sobre esta circunstancia todos los pormenores deseables. "Estando en Holguín,—dice,—consagrando una Misión, al bajar del púlpito se le acercó un foragido, saliendo del templo, y le asestó un golpe de navaja al cuello, causándole en la cara una profunda herida y otra en la mano. Milagrosamente le salvó la Virgen. Sintió en aquella noche dulcísimas consolaciones en su alma: siguió la curación de la herida, y los médicos no hallaban medio de cerrarle una fístula salival que se le formó en el carrillo á consecuencia de la herida. Era tanta la saliva que de ella fluía, que empapaba todos los pañuelos que se le aplicaban. Era necesario esperar á que cesase la inflamación para ver si se remediaba el mal, y una noche, de repente, se sintió curado á pesar de la inflamación. Él lo atribuyó á un favor de la Virgen; los médicos protestaban que, dadas las condiciones de la herida é inflamación, el resultado instantáneo no podía ser natural. Ello es que la fístula desapareció. El Sr. Arzobispo me escribió después que aquella noche la santísima Virgen le llenó de consolaciones espirituales como nunca las hubiese experimentado iguales."

Lejos de amortiguarse en él los deseos del martirio con los

padecimientos que las heridas le habían ocasionado, crecieron en su ánimo de tal manera, que cualquiera diría que tenía hambre de padecer y un santo furor por acabar de derramar toda su sangre por Jesucristo, como se ve por una carta que escribió á los sacerdotes de Vich no mucho tiempo después de su curación. He aquí su hermoso contenido: "Santiago, 30 de Mayo de 1856. — Muy apreciados Hermanos en los sagrados Corazones de Jesús y de María: Hace muy poco he recibido la que ustedes me escribieron con fecha 31 de Marzo, la que ha sido para mí de mucho consuelo y satisfacción, y espero que todos me ayudarán á dar á Dios muchas gracias por el beneficio imponderable de haber podido derramar un poco de sangre (cinco libras) por amor de Aquel que toda la derramó por mí, y sellar con ella las verdades del santo Evangelio y las alabanzas de María santísima que con tanto gusto predico. ¡Ay, carísimos Hermanos! ¡Qué dulce cosa es derramar la sangre por Jesús y por María! Yo os puedo asegurar que en todo este acontecimiento no he padecido nada y he gozado mucho y muchísimo; sólo allá en el cielo se puede gozar más; que aquí, en la tierra, no es posible mayor placer espiritual. He quedado tan engolosinado que quisiera se probase segunda vez, y que se acertase mejor el golpe que en la primera. Sin embargo, he puesto el hecho en conocimiento del Sumo Pontífice y haré lo que él me diga. Entretanto, ayúdenme ustedes á dar gracias á Dios y á María santísima, su dulcísima Madre. Tengan la bondad de hacer una visita y presentar mis respetos al Sr. Obispo y á los Rdos. Padres de la *Merced* (sus Hijos los Misioneros del Corazón de María), saludando á todos por su nombre. Ánimo y confianza en Dios y en la santísima Virgen, nuestra querida Madre. ¡Ay, cuánto nos ama!,"

Alma tan generosa y hecha á los padecimientos, de un temple tan superior á los infortunios y á las contradicciones humanas, necesariamente debía haber llegado á un grado de perfección nada común y en extremo heroico. No obstante tan sobrehumanas virtudes, las más á propósito para un Pastor de la Iglesia, él se creía en su humildad insuficiente y desprovisto de las eminentes cualidades que exige tan difícil como honroso cargo, y desde el año 1853 tenía ya vivísimos deseos de renunciar la mitra. Con ocasión de las heridas le parecía haber llegado el momento oportuno de poner por obra sus hu-